

DANIEL MATO*

ESTADO Y SOCIEDADES NACIONALES EN TIEMPOS DE NEOLIBERALISMO Y GLOBALIZACIÓN

LA APLICACIÓN DE POLÍTICAS de inspiración neoliberal ha marcado de manera indeleble la historia humana de las dos últimas décadas, no sólo en América Latina, sino también en otras regiones del mundo. No obstante, en este texto haré referencia especialmente a su sentido y consecuencias más recientes en América Latina.

La aplicación de políticas de inspiración neoliberal ha debilitado el poder de los estados nacionales en términos económicos y políticos, a la vez que ha estimulado los conflictos sociales y en consecuencia la valoración de la importancia de los estados por parte de amplios sectores sociales. Específicamente en el caso de América Latina, muchas de las luchas sociales de la última década han estado asociadas al rechazo a las políticas de reducción del gasto en educación, salud y seguridad social, así como a las privatizaciones de empresas, bienes y servicios públicos. Estas luchas han implicado una revalorización del papel del Estado como organizador de las sociedades nacionales y árbitro en sus conflictos internos. La valoración del papel del Estado y de la impor-

* Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela y Coordinador del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales. Coordinador del Grupo de Trabajo de CLACSO Cultura y Poder entre 1999 y 2001.

tancia de la política se ha combinado con una fuerte crítica a los partidos e instituciones políticas tradicionales.

Pese a las fortalezas teóricas que quienes propugnan su aplicación suelen atribuir a las políticas de inspiración neoliberal, muchos indicadores señalan que éstas han fallado no sólo en lo económico, sino sobre todo en lo político. La experiencia social parece empeñada en descalificar a una teoría que a menudo es presentada como “dura” y técnicamente impecable. A causa de esto, las polarizaciones y conflictos sociales en términos de neoliberalismo versus nacionalismo han alcanzado destacados niveles en varios países latinoamericanos en los últimos años. Los casos de Argentina, Bolivia, Ecuador, México, Perú y Venezuela, entre otros, han adquirido visibilidad internacional. Son cada vez más los estudios sociales, políticos y culturales que dan cuenta de estos conflictos, así como del creciente desarrollo de posiciones y sentimientos sociales anti-neoliberales y nacionalistas¹.

En este artículo ofrezco una mirada político-cultural del neoliberalismo que brevemente pone de relieve algunos aspectos de esta doctrina que suelen omitirse y que pienso son centrales no sólo para comprender sus fracasos, sino también para prevenir el de otros economicismos, y contextualizo su ascendencia hegemónica en el marco de los procesos de globalización contemporáneos de los cuales esta ascendencia no es sino un aspecto.

NEOLIBERALISMO ES CULTURA Y POLÍTICA

Las “des-regularizaciones” propias de las políticas de inspiración neoliberal han minado la importancia de los estados como garantes del bienestar de las poblaciones nacionales a las que se supone que cada Estado debe responder, a la vez que han favorecido la concentración de la riqueza, la desocupación, la pobreza, la desnutrición, la des-escolarización, la insalubridad, la violencia y la destrucción ambiental. Además, estos efectos son causa frecuente de conflictos sociales y políticos. Por eso es necesario resaltar un aspecto que la crítica a estas políticas suele descuidar: las políticas neoliberales no son políticas simplemente “económicas”, sino que son políticas “políticas”; y esto en el sentido más amplio del término, inclusivo de las dimensiones social, cultural, económica y político-institucional. Este carácter multidimensional no es exclusivo de las políticas neoliberales, sino de todas las políticas que se pre-

¹ Véase, entre otros, por ejemplo Sader (2001), y en este mismo libro los artículos de Briones, Fava y Rosan; Grimson; Salas.

sentan como “económicas”. Las llamadas teorías económicas no son simplemente teorías, ni solamente económicas. No son simplemente teorías porque no suelen formularse meramente para representarse de manera simplificada la experiencia social, sino y de una vez para intervenir en ella, es decir, para formular y aplicar políticas. Y no son sólo económicas, porque las prácticas y experiencias sociales que en ellas se representan y manipulan en términos meramente económicos no son sólo eso en la experiencia social, sino que suponen formas de organización y vida de poblaciones humanas completas, de millones de personas. Es importante sopesar seriamente esta obviedad por al menos dos razones.

En primer lugar, para señalar el carácter erróneo de la idea de que los resultados negativos de las políticas neoliberales no se deben a la teoría y diseño de estas políticas, sino “simplemente” a errores en su aplicación, como han alegado para justificarse algunos de sus más eminentes implementadores, por ejemplo el famoso ex ministro de Economía de la República Argentina Domingo Cavallo.

A veces la arrogancia de los expertos los lleva a ignorar que las fallas que se presentan al aplicar una teoría se deben a que ésta se ha elaborado sobre formas sobresimplificadas, o simplemente erróneas, de representarse la realidad. En el caso del neoliberalismo ocurre que esta doctrina pasa por alto algunos “detalles”, tales como la existencia de asimetrías de poder económico y político, tanto a nivel mundial como a escalas nacionales y regionales; las exclusiones sociales asociadas a esas asimetrías, y a las historias (largas) que las explican; el carácter meramente ilusorio de la idea de transparencia de información. De una teoría que tuviera en cuenta estos detalles no podrían derivarse políticas de “des-regulación”. Si se reconocen las asimetrías y exclusiones, no se puede dejar el juego librado a la ley de la selva.

Esta teoría también ignora detalles como que el diseño y manejo de las políticas económicas queda en manos de ministros de Economía y autoridades de organismos multilaterales, y de las tecnocracias que estos eligen de acuerdo con sus creencias (llamadas teorías), sus redes profesionales, y sus propios criterios personales (inevitablemente marcados por intereses de parcialidades sociales), todo ello sin consultar con las ciudadanías de ningún país. Y esto último es así porque aun en países democráticos los ciudadanos no eligen a los ministros de Economía, ni los candidatos a posiciones políticas suelen presentar programas económicos, y aun cuando lo hacen los ciudadanos no suelen poseer información técnica y fáctica para evaluarlos; y porque además las autoridades de los organismos económicos multilaterales son

designadas por los ministros de Economía de unos pocos países, quienes tampoco fueron elegidos por sus conciudadanos.

Una teoría que no toma en cuenta estos “detalles” no provee elementos para evitar que, mientras se predica el libre comercio y la no intervención de los gobiernos en las economías, en los más poderosos de ellos se subsidie la agricultura, o industrias como la siderúrgica y automovilística entre otras. Pues parece que las políticas neoliberales suelen aplicarse de manera diferente en Europa occidental y Estados Unidos a cómo se aplican en el resto del mundo. Es por esto que digo que los resultados negativos no provienen de fallas de aplicación. Lo que falla es la doctrina neoliberal, y falla por ser economicista, por representarse el mundo de manera muy parcial y defectuosa.

Acá pienso que viene al caso referir un chiste que suelen contar -con mayor o menor conciencia de la gravedad de sus implicaciones- algunos economistas: naufragan en una isla desierta un ingeniero, un físico y un economista. Para su fortuna, lo hacen acompañados de una cuantiosa provisión de alimentos enlatados, aunque sin cuchillos, abrelatas ni elementos cortantes de ninguna especie. Cada uno se dedica a pensar la mejor forma de abrir esas latas. El ingeniero se apresura a proponer utilizar un conjunto de piedras para construir un sistema de pesos y palancas que acabe perforando las latas en un punto. El físico dice que podrían probar ese sistema, pero que piensa que sería mejor aprovechar algunos cristales que ha encontrado en la playa para potenciar la energía solar y fundir la superficie de las latas en un cierto punto para poder abrirlas. El ingeniero responde que sería interesante probar ese sistema, mientras que el economista con actitud soberbia responde: “No, no, nada de eso. Supongamos un abrelatas...”. Sus dos compañeros no pueden contener la carcajada. Efectivamente, la “ciencia económica” suele ser percibida por algunos de sus practicantes, y por no pocos de sus colegas de otros campos de los estudios sociales y humanísticos, como la “verdaderamente científica” de la familia, como una ciencia “dura”. Pero no es tal. En ciertos casos, y esto es especialmente cierto en el caso de las teorías llamadas neoliberales, sólo nos propone sistemas hipotético-deductivos, cuya validez obviamente depende enteramente de la validez de las hipótesis de partida, de los supuestos iniciales, de las maneras de representarse la experiencia social. Si éstas no son adecuadas, no importa cuán sofisticado sea todo el razonamiento que se edifique sobre ellas. Y éste es el problema: por lo demás, su racionalidad interna suele ser impecable, pero los supuestos no se corresponden con la experiencia social. Por eso, al aplicarlas los resultados obtenidos no son los esperados.

Una segunda razón para poner de relieve el carácter político amplio (cultural, social, económico y político-institucional) de las políticas económicas es la necesidad de evitar que la respuesta al economicismo del neoliberalismo sean otras teorías y políticas que más allá de ciertas diferencias resulten ser igualmente economicistas. Lamentablemente, este tipo de respuestas es altamente probable debido a la visión instalada en el “sentido común” de nuestra época de que “lo económico” sería una esfera autónoma de la actividad humana. Es decir, algo separado, e incluso “más importante” que otras esferas de la actividad humana. En ese “sentido común” estas otras esferas de actividad también se imaginan con existencia propia, y como si todas ellas sólo se vincularan entre sí a través de “flechitas” en representaciones diagramáticos, en lugar de comprender el carácter multidimensional de la experiencia social y asumir las consecuencias teóricas y políticas del caso.

En síntesis, la discusión sobre las políticas neoliberales no puede limitarse al plano tecno-económico, sino que debe darse de manera más compleja, integrando lo que se ha imaginado como separado, es decir, lo político, lo cultural, y lo social. Consecuentemente, del mismo modo debe encararse el análisis y diseño de soluciones a los problemas actuales de la humanidad, y todo esto además debería hacerse asegurando los mayores niveles posibles de participación informada de las ciudadanías, en todos los países. Reconozco que éste es un planteo ambicioso, pero sucede que actualmente enfrentamos escenarios muy peligrosos, y si lo que sugiero no parece posible en el corto plazo, sería muy conveniente que comenzáramos a trabajar por lograrlo: la discusión es política, no meramente económica.

TIEMPOS DE NEOLIBERALISMO Y GLOBALIZACIÓN

Neoliberalismo y globalización no son sinónimos, aunque en algunos discursos sociales ambos términos suelen usarse como si lo fueran, sobre todo en algunos discursos de carácter economicista. Me parece conveniente analizar este asunto.

La idea de “globalización” frecuentemente es un elemento clave en dos variedades alternativas de discursos igualmente alienados. En unos se la demoniza, y en otros se hace su apología. En ninguna de estas dos variedades solemos encontrar análisis cuidadosos: sólo posiciones bastante apriorísticas.

La mayoría de quienes demonizan la globalización, como la mayoría de quienes hacen su apología, comparten un error de base: fetichizan eso que llaman “globalización”. Es decir, representan eso que llaman “globalización”

como si se tratara de una suerte de fuerza suprahumana que actuaría con independencia de las prácticas de los actores sociales. Por ello no se detienen a analizar cómo participan diversos actores sociales en la producción de formas específicas de globalización (Mato, 2003[a]).

De manera levemente diferente, pero en sustancia semejante, hay quienes aún fetichizándola explican la llamada “globalización” en términos meramente financieros y/o tecnológicos, es decir, ofrecen interpretaciones reduccionistas, ya sea de corte economicista o tecnologicista. Adicionalmente, en estos casos esos factores acaban teniendo carácter anónimo: así se invocan en abstracto “las fuerzas del mercado” o “el poder de las tecnologías”. Como si “el mercado” no fuera una creación humana, resultante históricamente de fuerzas humanas, actualizado a diario a través de prácticas humanas enmarcadas en instituciones que también son de carácter histórico -es decir dinámicas, cambiantes y transformables- guiadas por ciertas formas de representarse la experiencia y sus posibilidades de transformación. O como si las tecnologías actuaran por sí mismas, como si nadie las produjera y nadie las aplicara. Así, buena parte de esos pocos análisis que señalan fuerzas actuantes tras el fetiche frecuentemente presentan a esas fuerzas como anónimas, es decir, sin mostrar las prácticas sociales que las impulsan; y de este modo coinciden con los fetichizadores en no ver las acciones humanas.

En el otro extremo, algunos de quienes comparten la visión simplista que equipara globalización a “libre comercio” representan a la idea de globalización como si ésta fuera producto de la voluntad de un número reducido de gobernantes y tecnócratas.

Adicionalmente, quienes reducen la idea de globalización a la globalización económica generalmente también equiparan a ésta con su versión neoliberal, y acaban confundiendo globalización con políticas de inspiración neoliberal. Así, se representan eso que llaman globalización como si ésta no fuera otra cosa que un montón de acuerdos económicos orientados por la idea de liberalización de los movimientos comerciales y de capitales, más los movimientos de capitales y comerciales mismos que se dan en tal marco jurídico de inspiración neoliberal y sus consecuencias macroeconómicas, y lo que a su vez consideran las consecuencias sociales de las tendencias macroeconómicas.

El carácter hegemónico de las interpretaciones economicistas del mundo y de la vida social es un rasgo saliente de la vida contemporánea, como también, y en tal marco, lo es la hegemonía de la manera “neoliberal” de ver el mundo, de interpretar las acciones humanas. Sin embargo, eso no significa que globalización sea sinónimo de neoliberalismo. No, los procesos sociales son asuntos mucho más complejos que esa representación reduccionista.

Por eso necesitamos una aproximación teórica a los procesos de globalización contemporáneos que nos permita comprender cómo los discursos economicistas (aunque no sólo ellos, antes han sido los “desarrollistas”), y en particular el “neoliberal”, se han hecho hegemónicos a nivel mundial. Es decir, que nos permita analizar cómo un cierto conjunto de ideas y políticas, el neoliberalismo (o antes el “desarrollismo”), se ha “globalizado”, ha adquirido un alcance planetario. Obviamente este trabajo analítico no puede confundirse con el de enunciar los nombres de unas cuantas instituciones que han alcanzado status emblemático, y así eludir todo análisis con sólo nombrar al Fondo Monetario Internacional (FMI). No, el asunto es que analicemos cómo la globalización de estas ideas y políticas (su producción y reproducción a escala planetaria) procede no sólo del accionar de estas instituciones emblemáticas, sino también de las prácticas de numerosas otras, incluyendo en esto a actores sociales específicos en distintos contextos nacionales y transnacionales. Existen ya algunos estudios al respecto que muestran el papel específico de ciertas universidades y otras instituciones no sólo en el “Norte”, sino también en el “Sur”². Se trata pues de identificar específicos partidos políticos, cámaras empresarias, fundaciones, universidades, colegios profesionales, medios masivos, líderes políticos e intelectuales de los más diversos ámbitos, y de examinar las formas en las cuales estos se articulan y poco a poco construyen consensos³.

Abundan las evidencias de que el FMI y el Banco Mundial han sido actores clave en estos procesos, pero no han sido los únicos, ni basta con nombrarlos. No se trata de nombrar retóricamente a estos y otros actores, sino de analizar sus prácticas y programas y de ver cómo se ha construido y continúa construyéndose un cierto sentido común de la época, el de la lógica y preeminencia del mercado. Esta sería la forma de evitar que tras el desastre neoliberal sobrevenga algún nuevo desastre con otro nombre. Después de todo, el del neoliberalismo no es el primero en la historia moderna: ya antes hemos

2 Ver, entre otros, por ejemplo, Babb (2001); Escobar (1998); Ferguson (1994); Gill y Law (1988).

3 Dedicaré algunos de mis próximos artículos a analizar el papel que en este sentido han venido cumpliendo algunas fundaciones y redes transnacionales de centros de investigación y difusión de las ideas neoliberales. Al momento de corregir las pruebas de página de este texto, el primero que he escrito sobre este tema, estoy en distintas etapas del proceso de redacción de otros dos dedicados justamente a analizar los papeles jugados por algunas de estas redes transnacionales. El primero de ellos, además de aparecer en versión impresa, estará también disponible en la página en internet de nuestro Programa Globalización Cultura y Transformaciones Sociales de la UCV <www.globalcult.org.ve> a más tardar en mayo 2005. En esa misma página más adelante podrá/n encontrarse también el/los siguiente/s.

experimentado el del desarrollismo. Por eso esta pormenorizada tarea es tan relevante.

El caso es que, incluso más allá de lo específicamente atinente al caso del neoliberalismo, como consecuencia de los factores arriba enunciados en general no encontramos análisis acerca de quiénes y cómo toman las decisiones que conducen a las políticas y movimientos económicos a los que se suele reducir la idea de globalización. Otro tanto puede decirse del caso del desarrollo y adopción de esas tecnologías a las que alternativa o complementariamente suele asociarse dicha idea. Insisto, el principal rasgo de estos discursos sobre la globalización es que en ellos los actores sociales no se ven. Sin embargo, en algunos de ellos sí se menciona algo parecido a actores sociales, pero entonces resulta que se los imagina como unos pocos individuos conspirando. Menuda forma de imaginar la historia contemporánea del género humano.

Lo importante del caso es que, una vez operadas todas estas reducciones, dependiendo de la orientación ideológica de los hablantes o autores en cuestión, estos concluyen que eso que llaman “globalización” es o bien una panacea, o la causa de todos los males.

El problema es que estas formas de imaginar la globalización, aunque aparentemente contradictorias entre sí, conducen a lo mismo: a ignorar las prácticas de los actores sociales. Y así, o bien conducen a la parálisis de los actores sociales cuando estos asumen que eso que llaman “globalización” es una suerte de fenómeno suprahumano, o bien conducen a la alienación fundamentalista de los actores. Sea llamándolos a adherirse incondicionalmente a las reformas neoliberales, o bien llamándolos a oponerse -con el mismo tono fundamentalista- no sólo a las reformas neoliberales sino también a todo lo extranjero, a replegarse sobre ellos mismos, a aislarse.

Es necesario diferenciar cuidadosamente entre lo que podríamos llamar la “globalización neoliberal” y otras formas de globalización, es decir, otras formas de producir interrelaciones de alcance planetario. Muchas de estas otras formas de producir globalización incluso se oponen al neoliberalismo. Sin embargo, no por ser anti-neoliberales dejan de establecer y desarrollar relaciones entre actores a escala planetaria, es decir a escala global. El ejemplo más claro de esto es precisamente el movimiento de carácter transnacional y alcance crecientemente planetario que se hizo visible con las protestas efectuadas en la ciudad de Seattle en noviembre de 1999 en ocasión de una reunión de la Organización Mundial de Comercio, y que desde entonces ha realizado numerosas movilizaciones en muy distantes ciudades del globo, hasta confluir en enero del 2001 en la ciudad de Porto Alegre, Brasil, donde unas 15 mil personas de todos los continentes se reunieron en el Primer Foro

Social Mundial, el cual produjo un documento que concluye con estas palabras: “Llamamos a todos los pueblos del mundo a unirse a esta lucha por construir un futuro mejor. El Foro Social Mundial de Porto Alegre es un camino hacia la soberanía de los pueblos y un mundo justo” (Seoane y Taddei, 2001: 205). Es decir, se trata de un movimiento globalizador que convoca a globalizar más, sólo que no bajo la égida de las ideas neoliberales, sino precisamente en la crítica a ellas. Por eso, últimamente, algunos de sus dirigentes e instancias colectivas han insistido en llamar a este movimiento como de “globalización de la solidaridad”, o como “altermundista”.

En otras palabras, las cosas no son tan sencillas como para que resulte posible optar por estar fundamentalistamente “a favor” o fundamentalistamente “en contra” de eso que llaman globalización. Se trata, en cambio, de analizar los procesos sociales contemporáneos de maneras más complejas y provechosas, tales que nos permitan participar consciente e informadamente en ellos.

En concordancia con esto, en algunos trabajos anteriores (Mato, 1996 y 2003 [a]) he procurado contribuir a la elaboración de una manera de analizar eso que llaman “globalización” que pienso que puede resultar más fértil para las prácticas de los actores orientados por intereses de equidad y justicia social. Es decir, una manera que ayude a comprender qué está pasando y cómo actuar en ese contexto. Pienso que para lograr tal cosa necesitamos como mínimo ampliar el rango de nuestra mirada, analizar la complejidad, estudiar las prácticas de algunos actores sociales significativos y cómo estas se relacionan con las de otros actores, y sobre todo estudiar las interrelaciones de tipo global-local.

Desde luego, una perspectiva de este tipo es demasiado amplia para una iniciativa individual, por lo que sólo pretendo contribuir a su desarrollo; y lo hago con una mirada particular, una que pone de relieve los aspectos culturales, es decir simbólico-sociales, de estas prácticas. Esto no supone asumir que “lo cultural” anda por un lado, “lo político” por otro y “lo económico” por otro. No, semejante manera de ver las cosas equivale a confundir lo limitado de nuestras miradas con lo complejo y multifacético de la experiencia social. Sin embargo, como es difícil dar cuenta de tal complejidad sin el concurso de varios puntos de vista, pero sobre todo sin la conciencia de que cada uno de ellos es necesariamente parcial, pienso que es necesario ensayar maneras de trascender los límites de las miradas disciplinarias (es decir, disciplinadas por las disciplinas académicas establecidas) y ensayar perspectivas transdisciplinarias que salgan al encuentro de otros puntos de vista, y que para lograrlo dejen explícitamente abiertas las posibilidades de complementariedad.

Así las cosas, desde dicha perspectiva he procurado estudiar las interrelaciones de tipo global-local entre las prácticas de los actores -con una mirada cultural (es decir, una que atiende especialmente a sus aspectos simbólico sociales)- observando especialmente cómo se producen algunas representaciones sociales de carácter hegemónico que orientan las transformaciones sociales en curso, como por ejemplo ciertas representaciones de ideas de globalización, de identidades sociales, de sociedad civil y de desarrollo sostenible (Mato, 1996; 2003[a]; 2003[b]; 2004).

IDEAS PARA EL DEBATE

Basándome en lo avanzado en estos años en la mencionada línea de investigación, quisiera aprovechar este texto para someter a discusión dos posicionamientos epistemológico-políticos que le han servido de base.

El primero de ellos es la necesidad de evitar fetichizar la idea de “globalización”. Una forma de comenzar a hacerlo es no hablar de “globalización” en singular y casi como si se tratara de un nombre propio (en este caso, presumiblemente de una suerte de dios hacedor del mundo), y hablar en cambio de procesos de globalización, así en plural. La expresión ‘procesos de globalización’ nos sirve para designar de manera genérica a los numerosos procesos que resultan de las interrelaciones que establecen entre sí actores sociales a lo ancho y largo del globo y que producen globalización, es decir, interrelaciones complejas de alcance crecientemente planetario. Este conjunto de interrelaciones es resultado de muy diversos tipos de procesos sociales en los cuales históricamente han intervenido incontables actores sociales en los más variados ámbitos de la experiencia humana, desde los más variados rincones del globo, como he procurado ilustrarlo en algunas publicaciones anteriores (Mato, 1996; 2003[a]; 2003[b]; 2004).

El segundo de esos posicionamientos se relaciona con la idea de cultura. Como sabemos, esta idea tiene una larga historia y en ella se le han atribuido múltiples significados, sobre lo cual no me parece apropiado entrar acá en detalles. En cambio, quiero enfatizar que en el uso y aplicación de muchos de dichos significados la idea acaba por hacerse “cosa” y así se habla de “la cultura tal o cual”, y ésta pienso que es la fuente de buena parte del problema. A mi modo de ver la manera analíticamente más fértil de utilizar la idea de “cultura” no es para designar un sistema de elementos tangibles o intangibles, sino para designar una perspectiva analítica desde la cual estudiar procesos sociales. Por su complejidad, los procesos sociales son estudiados privilegian-

do alguna de las dimensiones que las disciplinas académicas nos han enseñado a ver separadamente: sociedad, cultura, economía y política. Tal separación es un recurso analítico que no se debe fetichizar, como se hace al hablar de estas dimensiones como si fueran campos autónomos de la vida social. En mi uso, la idea de “cultura” alude a una manera de analizar críticamente los procesos sociales a partir de sus aspectos simbólicos, pero sin perder de vista que desde el punto de vista de las dimensiones analíticas establecidas estos son complejos, es decir, multidimensionales: a la vez sociales, culturales, políticos y económicos.

Para terminar, me gustaría relacionar estos dos posicionamientos con el caso de los procesos de producción de sentido que conducen a la aplicación de las llamadas políticas neoliberales. Su propia aplicación, sus consecuencias, y las diversas clases de respuestas sociales a que han dado y/o dan lugar, constituyen un excelente ámbito para observar precisamente esa multidimensionalidad. Uno de los graves problemas de los tecnócratas y otros actores sociales que comparten sus visiones sociales que dan lugar a la aplicación de estas políticas, consiste precisamente en que ignoran esta multidimensionalidad, son economicistas. Esto explica en buena medida no sólo el fracaso de estas políticas, sino la conflictividad político-social que han estimulado. Pero ellos no son los únicos economicistas, ya antes lo habían sido los desarrollistas, y el peligro es que también lo sean quienes aparezcan como supuesta alternativa al neoliberalismo. Por eso es necesario poner especial cuidado en analizar la coyuntura -así como los procesos que han dado lugar a ella- y las formulaciones alternativas a partir de la integración de perspectivas analíticas y de su cuidadosa puesta en contextos específicos.

BIBLIOGRAFÍA

- Babb 2001 *Managing Mexico* (Princeton: Princeton University Press).
- Escobar, Arturo 1998 *La invención del Tercer Mundo* (Bogotá: Ed. Norma).
- Ferguson, James 1994 *The anti-politics machine* (Minnesota: Minnesota University Press).
- Gill, Stephen y David Law 1988 *The global political economy* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press).
- Mato, Daniel 1996 “Procesos culturales y transformaciones sociopolíticas en América Latina en tiempos de globalización” en Mato, D., Montero, M. y Amodio, E. (coords.) *América Latina en Tiempos de Globalización: Procesos*

- Culturales y Cambios Sociopolíticos* (Caracas: UNESCO-Asociación Latinoamericana de Sociología-Universidad Central de Venezuela).
- Mato, Daniel 2003[a] “Para des-fetichizar al globalización: Una aproximación político-cultural a las prácticas de los actores sociales en los procesos de globalización contemporáneos” en Puyo Tamayo, Gustavo (editor), *Mitos y realidades de la globalización*. (Bogotá: Universidad Nacional).
- Mato, Daniel 2003[b] “Actores sociales transnacionales, organizaciones indígenas, antropólogos y otros profesionales en la producción de representaciones de cultura y desarrollo” en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de Identidades y Diferencias Sociales en Tiempos de Globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Mato, Daniel 2004 “Redes transnacionales y producción social de representaciones de ideas de sociedad civil” en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de Ciudadanía y Sociedad Civil en Tiempos de Globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Sader, Emir (comp.) 2001 *El Ajuste Estructural en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Seoane, José y Emilio Taddei (comp.) 2001 *Resistencias mundiales. [De Seattle a Porto Alegre]* (Buenos Aires: CLACSO).